



Una joya de color en cada tono



Para su tipo de belleza, Imedia Selección Crema posee el tono adecuado que otorga naturalidad. Esa hermosa joya de color en sus cabellos, aclara y recolora simultáneamente, cubriendo además las canas con perfección.

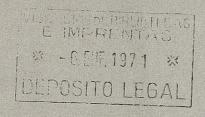
Un producto

L'OREAL DE PARIS

Preferido por los mejores profesionales del mundo



CREM





Ya es tradicional que el primer número del año lo dediquemos a un gran reportaje a la mujer chilena.

La idea es hacer una recapitulación de fin de año: ¿Adónde estamos paradas y qué vemos para adelante?

El primer año tomamos a la mujer de la calle, a aquellas que como todas viven, trabajan, se divierten, aman y sufren en el anonimato. El año pasado buscamos a un grupo de mujeres que han aportado algo a nuestra sociedad: mujeres líderes. Y este año nos decidimos por todas las mujeres, y buscamos su problemática en los cuatro puntos capitales de sus vidas: el hogar, el trabajo, el amor, el descanso.

La pregunta que nos hicimos, y que planteamos a todas nuestras entrevistadas fue ¿qué hace feliz a la mujer chilena actual? ¿qué aspira? ¿qué necesita para ser feliz?

Con el resultado de los cuatro grandes reportajes que forman lo esencial de este número se podría hacer un verdadero pliego de peticiones que constaría de dos partes: peticiones a la sociedad y peticiones a los hombres.

La mujer chilena actual está muy lejos de ser feliz. Sobre sus hombros caen gran parte de los problemas de la pobreza que en diferente medida afectan a todos. Ella está a cargo de la casa, de los niños, de la comida, de la salud de la familia. Ella es la que tiene que hacer milagros para que los pesos alcancen para todo. Y desgraciadamente en esta tarea está muy sola. No recibe una ayuda suficiente de la sociedad, y tampoco cuenta muchas veces con la ayuda ni el apoyo solidario de su hombre.

¿qué hace feliz a la mujer chilena?



lo que hace feliz a la mujer chilena en

Una casa propia, la "tele" para que los niños no callejeen, una lavadora que la ayude en su verdadera manía por la limpieza, educación para sus hijos y un marido comprensivo y cooperador, son los puntos básicos que la mujer enumera para ser más feliz. Después —dice— quisiera tener mejores muebles, empezando siempre por el comedor que es la habitación más importante en el hogar chileno. Y otra serie de objetos que le signifiquen comodidad. En cambio se preocupa bastante poco de la belleza. Le tiene miedo al color y el interior de las casas es más bien triste. Si hubiera que contestar —generalizando— si es feliz la mujer en el hogar, habría que decir que más que feliz es resignada. La falta de plata casi crónica —prácticamente a todos los niveles— tiene mucho que ver con esta resignación. Y también tiene mucho que ver la actitud del hombre chileno, que todavía conserva varias de las taras del "macho latino". Dueña de un matriarcado muy singular, que la llena de obligaciones y no le otorga casi ningún derecho, por lo general se olvida de sí misma para entregarse por entero a sus hijos. Su lucha -- muchas veces verdaderamente heroica— por sacar adelante a su familia, termina por frustrarla como mujer. Encerrada entre las cuatro paredes de su casa, la mujer que no trabaja, sólo ve a su marido y a sus niños. Prácticamente no hace vida social y se siente un poco marginada de la comunidad. El amor conyugal le parece casi una utopía v —en general ya no espera nada para ella. Todos sus esfuerzos están encaminados a que sus hijos tengan una vida mejor.







el hogar

Arriba: Sixta Segovia vive en el Campamento Unidad Popular 11 de Enero de La Florida. Dos piezas de tablas, sin cocina ni baño ni agua potable.
Tiene tercer año de humanidades y un admirable espíritu de lucha que la ayudará —sin duda— a salir de la miseria. Abajo: Para Lupe Santos de Thompson la mayor aspiración sería trabajar. Solucionados los problemas económicos, siente que el hogar no es suficiente para llenar la vida de una mujer.

Fotografía de Hoda Mida-Briot

viene de la vuelta

Para la mujer chilena —como seguramente para cualquier mujer en cualquier lugar del mundo- su hogar es lo más importante. Porque el hogar no es sólo la casa —el lugar físico— sino toda la vida familiar; sus relaciones con su marido, con sus hijos, con sus parientes. El hogar es la aspiración más corriente en la mujer y de su felicidad en él depende su felicidad en todos los otros aspectos de la vida. Una mujer sin hogar no consigue —en la inmensa mayoría de los casos— sentirse realizada. Por todo esto, los problemas que se desprenden del hogar son los que más le preocupan y sólo después de tener solucionadas las necesidades básicas de su familia y de haber conseguido la armonía dentro de las cuatro paredes que encierran su mundo, comienza recién a querer participar en la comunidad más amplia de su barrio, su ciudad o su país. A desear realizarse más allá de las fronteras de madre y esposa (en ese orden).

La inmensa mayoría de las mujeres chilenas no trabaja, sino que se dedica ciento por ciento a su hogar. Muchas quisieran hacerlo, generalmente por necesidad económica, pero el problema de no tener cómo dejar a los niños, las mantiene atadas a la casa. Por otro lado, casi siempre se enfrentan a la oposición del hombre —macho latino— que piensa que "la mu-jer debe estar en el hogar". Porque el mentado "matriarcado" chileno es muy especial. Todo el mundo dice que en Chile, la mujer es la que lleva los pantalones. La más fuerte en el hogar. La que lucha por sacar adelante a sus hijos. Lo cual es cierto. Pero no es cierto lo del matriarcado, salvo que uno entienda que este sólo implica todas las obligaciones y ninguno de los derechos. En la mayoría de los casos, el hombre se desentiende de sus deberes y le entrega la carga a la mujer. Pero se reserva la prerrogativa de manejar las platas, tomar las decisiones más importantes y hacer lo que se le antoje. A la esposa le sigue exigiendo obediencia y sumisión y negándole toda independencia.

Es cierto que no se puede hablar de UNA mujer chilena. Porque no tiene mucho que ver la dueña de casa de una población marginal con la que vive en un departamento cerca del centro o en una gran casa de El Golf. Salvo en lo general. Son distintos sus problemas, sus necesidades e incluso su relación con el marido y los hijos. Tampoco tiene nada que ver la mujer que vive en el campo o en un pueblo pequeño con la que vive en la gran ciudad, aun cuando las condiciones económicas sean iguales. En este reportaje a la mujer chilena en el hogar, PAULA tuvo que limitarse a entrevistar a mujeres de la capital, pero creemos que los problemas básicos (así como las solucio-

nes que ella espera) son comunes a todas las mujeres.

Conversamos con muchas mujeres. Visitamos sus casas. Les preguntamos cómo vivían, cuales eran sus principales problemas y cuales sus aspiraciones. Estuvimos con ellas mientras levantaban a los niños, cuando hacían el almuerzo, cuando lavaban la ropa. Salimos juntas de compras y las acompañamos mientras esperaban que el marido volviera del trabajo. "Viviendo" un poco la vida de *Lidia Villanueva*, en la Villa Ríos, o la de *Marta Suárez*, en la población Los Nogales, tratamos de adentrarnos en los problemas de la mujer chilena y de saber —a través de ella misma—que es lo que necesita para ser más feliz.

■ LA CASA PROPIA

La aspiración número uno de todas las mujeres, la que aparece ineludiblemente en los diez primeros minutos de conversación, es la de la casa propia. Lo que es muy natural, porque la mayor parte de su vida transcurre dentro de la casa. Sin embargo, salta a la vista —también antes de los diez minutos— la poca preocupación por la belleza de la casa. Propia o arrendada, pobre o no tan pobre, se podría generalizar sin temor a equivocarse, que la casa de la mujer chilena no es bonita. Todo su esfuerzo está encaminado a que sea cómoda, dejando de lado la parte estética. Por comodidad, tiende a pintarla de colores oscuros (que no se ensucien) y los muebles también son tristes: café, gris, ocre, concho de vino, azul marino. Le tiene miedo al color. Rara vez tiene cuadros, afiches o grabados. Tampoco se ven flores, salvo flores de plástico instaladas sobre el buffet o sobre el refrigerador, en el comedor. Porque una cosa muy típica en el hogar chileno, a todos los niveles es la importancia que se le asigna al comedor. Desde la casa más humilde, pasando por el DFL 2 de 70 metros, hasta las mansiones, el comedor tiene un lugar preferencial. Muebles enormes que en el caso de las viviendas muy pequeñas ocupan todo el espacio. Mesa, ocho sillas (por lo menos) y buffet. Si es posible, un aparador-vitrina. En resumen, la mayoría de las veces no queda lugar para el living. Esta costumbre tradicional parece poco justificable hoy día, en que la familia no hace tanta vida de comedor, debido a la jornada única y a los desordenados horarios escolares. En cambio parecería mucho más lógico para la dueña de casa tener un living, es decir, un lugar donde estar, donde sentarse a tejer o a descansar cuando termina sus tareas. Salvo en la clase media acomodada, que vive en casas más amplias y que tiene más acceso a la decoración de interiores, el living no existe, como no existe el gusto por los detalles. Un paisaje descolorido y unas pocas fotos familia-





viene de la vuelta

res, constituyen por lo general todo el adorno.

En casi todos los niveles salta a la vista la carencia crónica de dinero. La diferencia está en que los pobres son simplemente pobres, mientras que la clase media tiene una pobreza disfrazada con deudas. Debe el refrigerador, la lavadora, el auto y la casa. Si es que tiene todo eso. Pero la falta de plata no es la razón de la falta de preocupación por lo estético. Porque la novia que está por casarse podría muy bien comprar muebles pequeños y alegres en lugar de los armatostes pesados que adquiere en incómodas cuotas mensuales. También denota poca imaginación el descuido de los jardines. Salvo raras excepciones, de mujeres que se esmeran en tener unos maceteros simpáticos o un jardincito bien cuidado, la mayoría deja de lado el exterior de la casa.

Y no es por falta de amor. Todas las mujeres adoran su casa. A veces quisieran tener una más grande — "que sea más cómoda" — me dijeron siempre. Nunca "que sea más bonita".

■ CON O SIN PLATA' TODAS ASPIRAN A TENER UNA "TELE"

Es cierto que hay casos patéticos, donde no cabe otra aspiración que la comodidad. Como el de doña María Vargas de Riveros, de la Población de Empleados Particulares Cornelia Olivares, en Bernal del Mercado. Tiene 15 hijos, de los cuales dos padecen de epilepsia. Su marido es empleado y gana el sueldo vital, más la asignación por los quince niños y por ella. Unos dos millones de pesos mensuales. Entramos a su casa por casualidad, tal como lo hicimos en todas las demás. Al azar. La encontramos preparando el almuerzo: puré con fritos de lechuga y sopa de pepitas. De postre, plátanos y naranjas. "Empiezo a las doce y media con los más chicos y termino como a las tres con los que llegan del colegio", nos dijo mientras conversábamos alrededor de la mesa del comedor. Le faltaban todos los dientes de adelante y a los 42 años se veía triste y avejentada. Cuando habló de sus hijos epilépticos, se puso a llorar y reconoció que estaba muy nerviosa. Los angustiosos problemas económicos, sumados a la enfermedad de los niños, le tenían los nervios deshechos. "Mi marido es el único que trabaja y acaba de estar enfermo, así es que ahí nos endeudamos y ahora tengo que comprar en el almacén de la esquina, que me sale más caro, pero es el único que me fía". Diariamente hace las compras de madrugada. Después se pone a hacer el aseo, con la ayuda de la única hija mujer de la saca de los grandes. Luego el

almuerzo y después de las tres, a lavar la ropa de ese batallón. La casa tiene 4 dormitorios, un baño, el living-comedor y la cocina. "Hace 20 años que llegamos aquí, pero nos fue quedando chica y nunca pudimos conseguir que la Caja nos diera otra casa más grande", dice. A pesar de estar hace tanto tiempo en el barrio no conoce a sus vecinas. "Prefiero no meterme con nadie porque es para más problemas", explica, poniendo de relieve otro rasgo característico de la dueña de casa chilena: la poquísima vida social que hace.

Margarita Durán de Berríos, de 38 años, que espera su segundo hijo, confiesa que tampoco ve a nadie de su barrio, la Villa Olímpica, situada en Avenida Grecia. Vive con su suegra y sólo se visita con sus cuñados y cuñadas. "Por lo general vienen todos para acá el día domingo y yo les preparo un almuerzo especial", nos contó. Su máxima aspiración es "tener una casita con patiecito, aunque no fuera muy elegante, pero una casita", porque ahora viven en departamento arrendado y tienen problemas con la niña, que se aburre con la falta de espacio. Cuando terminara de almorzar, —cazuela de vaca y ensalada de habas y lechuga— se iba a poner un rato a mirar la televisión.

Después de la casa propia, la segunda aspiración de la mayoría de las chilenas es "la tele". Como les resulta difícil salir de la casa, es el mejor medio para entretenerse. Y si tienen niños grandes, resulta una gran ayuda para mantenerlos cerca. Doña Lidia Villanueva de Gamboa, de la Villa Ríos, consiguió comprar un televisor con mucho sacrificio, pero ahora está malo y no ha tenido plata para mandarlo a arreglar. Tiene seis hijos y el departamento es propio. Pero les queda chico. Su marido es contador y aunque tiene un buen trabajo toda la plata se les va en comer. "Imaginese que compro por lo menos tres kilos de pan al día". Porque el pan -no cabe duda- es el alimento básico de la familia chilena. "Vivimos encalillados hasta los ojos, y eso con la ropa de los puros niños porque yo no saco ni un par de medias", nos cuenta sin resentimiento, orgullosa de sus hijos a quienes -nos dice- les llaman "las joyitas del barrio". A pesar de la falta de plata, doña Lidia se preocupa de su arreglo personal, se hace ella misma su ropa porque estudió en la Escuela Técnica de Temuco. Y—cuando puede— va a la peluquería.

Las aspiraciones de la mujer chilena en lo que respecta a su hogar, varían según el nivel en que se encuentre, pero en general puede resumirse en TENER UNA CASA PROPIA CON COMODIDADES. Para la mujer que vive en el Campamento de Unidad Popular 11 de enero, Unidad Vecinal Número 4, La Florida, estas comodidades son las mínimas: tener

Izquierda: Como muchas otras mujeres de la Población Los Nogales, Marta Suárez vive luchando para tener siquiera algo que darle de comer a sus hijos.

Centro: Su marido es empleado particular y gana el vital. Demasiado poco para alimentar a los quince hijos. Una vida de sacrificios se retrata en el rostro de María Vargas de Riveros.

Derecha: Teresa Pavez es una gorda feliz.

Viuda de dos maridos alcohólicos, se las ha arreglado para sacar adelante a sus siete hijos.



agua potable, ventanas con vidrios, más camas, una cocina a gas licuado. Para Sixta Segovia, por ejemplo, que llegó hace un año junto a las 2.500 familias que se tomaron el terreno, la lista sería interminable. "¡Qué no me gustaría tener!", dice. Y con razón. Vive con su marido y sus cinco hijos en una mejora de palo de dos piezas, que en el invierno se llueven y en verano se convierten en un horno. Sin baño y sin cocina. Tiene sólo dos camas, una cocinilla a parafina... y un comedor. "Lo saqué a plazos y todavía lo estoy pagando. En el invierno se me deterioró un poco con el agua", cuenta. En la misma población hay mucha gente que está aún peor, todavía viviendo en carpas hechas de sábanas impermeabilizadas con grasa de cerdo. Porque siquiera el marido de Sixta tiene trabajo y ella posee tercer ano de humanidades y un admirable espíritu de lucha. Entre todas las mujeres que entrevisté, era la que estaba más lejos de esa terrible resignación que las mantiene durante años sin progresar ni un centímetro.

Saliendo de esas condiciones ínfimas de vida, la mujer empieza a desear otro tipo de comodidades. Ya tiene las básicas y entonces —después de la "tele"—quisiera una lavadora. Su verdadera manía del lavado y de la limpieza la hace trabajar el doble de lo necesario por lo que una máquina de lavar le parece indispensable para facilitarle la tarea. Esto de la limpieza es otro de los rasgos más característicos. En cualquier casa que uno entre, se nota la preocupación de la mujer por mantener todo reluciente. Nunca deja de pasar un día sin hacer el aseo y esto vale igual para la que tiene piso de tierra como para la que posee parquet y alfombras. El hombre tiene mucho que ver en lo de la limpieza, porque la exige como requisito indispensable de una buena dueña de casa.

A medida que aumenta el standard de vida, la mujer empieza a desear otras cosas: enceradora, juguera, muebles nuevos, más ropa para ella y para los niños, un auto para el marido y —si la situación es muy buena— un auto para ella. En general, sueña con no tener deudas y entre la gente más joven se ve —recién— un deseo de arreglar su casa con elementos decorativos. También en las más jóvenes aparece una nueva necesidad en el camino a la felicidad: hacer algo fuera de la casa. Una gran proporción de mujeres me aseguraron que estaban contentas de quedarse en la casa. Que no tenían tiempo de aburrirse. Pero otras -sobre todo las jóvenes- reconocieron que el trabajo doméstico las hastiaba y que desearían, si no trabajar, al menos participar en alguna actividad ya fuera de tipo social, cursos, o siquiera tener la libertad de poder salir de la casa cuando quisieran.

MAS EDUCACION PARA SUS HIJOS

La meta más importante en la vida de toda mujer madre, es la educación de los hijos. Para ello están dispuestas a hacer cualquier sacrificio, empezando por el sacrificio de ellas mismas. "Lo único que quiero es que mis hijos salgan adelante con una profesión", me decía una madre que confesaba que a ella se le había olvidado todo lo que sabía. Tenía primera preparatoria y —de tanto tiempo que no leía— ya hasta eso se le había olvidado. Marta Suárez, de Los Nogales, quisiera que sus ocho niños tuvieran una buena educación. Ella es analfabeta y su marido es alcohólico. Así y todo le está haciendo empeño para que el hijo mayor siga este año el segundo m e d i o porque es muy aplicado. A quienquiera que uno le pregunte sobre sus aspiraciones para los hijos le contesta siempre lo mismo: una buena educación: "Es lo único que uno le puede dejar". "Ojalá saque buena cabeza". "Que cuando sea grande pueda desempeñarse en una ocupación decente", fueron las respuestas más repetidas.

Para Lupe Santos de Thompson, 3 hijos, lo importante es darles el máximo de oportunidades. "Que puedan vivir por lo menos con el mismo standard de vida a que están acostumbrados", dice. Ella pertenece a una clase media acomodada, tiene una casa bonita y un auto, y le gustaría trabajar. "Pero no puedo faltar seis u ocho horas diarias de la casa. Cuando lo he intentado todo anda pésimo, los niños se pasan peleando o en la calle. Además, entre irlos a dejar y a buscar al colegio, llevarlos al dentista, al doctor, a los cumpleaños, a clases particulares, ir a buscar al marido a la oficina y hacer las compras, se acaba el tiempo. Uno se lo pasa todo el día correteando, se cansa, y al final descubre que no ha hecho nada concreto".

Las peleas entre los niños y el callejeo, son el principal problema cuando estos son chicos. De ahí el deseo de tener un televisor para que no vayan a otras casas. Cuando crecen, los problemas también crecen, y van desde la marihuana —tan de moda—hasta el peligro de la delincuencia por el callejeo prolongado. Para la mujer chilena, una de las cosas más importantes con respecto a sus hijos, son las guarderías infantiles, para tener donde dejarlos mientras son chicos, y una escuela bien dirigida cuando son ya más grandes, para que se preocupe además de la entretención de los niños.

Las otras cosas que quisieran tener son —afirman—secundarias. Y siempre tienen que ver con la plata. Más ropa, más camas, mejor comida, zapatos nuevos todos los años, vacaciones en la costa para cambiar de clima. Pero lo básico es la educación y tener donde



Derecha: Ella asegura que es una suegra modelo.

Doña Laura Martínez vive con su hijo y con su nuera en la Villa Olímpica y está contenta que éste se haya casado "porque así tiene alguien que le vea sus cosas".

Muebles enormes, la mesa de comedor con un mantel de plástico, una radio, un televisor y el retrato de su esposo en la pared completan el decorado.

Fotografía de Hoda Mida-Briot

dejarlos, ya sea para salir a trabajar, como para que lo enseñen mejor y lo alejen de la peligrosa ociosidad. La preocupación por los problemas psicológicos del niño o el tema de la incomunicación entre padres e hijos es privativo de un pequeño sector de mayor cultura, en general de profesionales. Pero a todos los niveles, la mujer se queja de no entenderse con sus hijos, especialmente con los adolescentes. Y eso... no es

problema de plata.

Aunque todas las mujeres están dispuestas a declarar que darían su vida por sus hijos, y que entre un hijo y el marido, quieren más al hijo, hay también consenso unánime en que llenarse de niños es un pecado. "Uno no puede atenderlos bien y al final se lo pasa puro rabiando con ellos", explica María Teresa Lizana, que acaba de tener su quinto niño. "De puro tímida no he ido nunca a uno de esos consultorios para que me den remedios", dice, pero ahora está decidida y jura que éste será el último. Ella, como todas las otras, desea "que Dios les dé buena memoria para que aprovechen la educación que les está dando su padre. Que saquen una carrera, para nosotros poder así morir tranquilos".

Otra de las cosas que quisieran para ser más felices, es tener una atención médica más eficaz para los niños. "Cuando está enfermo tengo que llevarlo al hospital aunque se esté volando de fiebre" explica Miriam Berríos de Soto, casada con un obrero y madre de un sólo niño. "Yo preferiría pagar un poco, pero que me lo vinieran a ver a la casa". La misma queja tiene Sonia Lorca, imponente de la Caja de Empleados Particulares. "Como tengo que ir a pedir la orden al Sermena —y no hay con quien dejar los niños—prefiero llamar a un médico particular que me sale carísimo"."

carísimo".

■ MAS COOPERACION Y MAS COMPRENSION DE PARTE DEL MARIDO

Los hombres dicen que todas las mujeres quieren tener un marido. Pero el asunto no es tan simple. Es cierto que quieren un marido. Pero un marido bueno. No cualquiera. Y ahí está el problema. Desde la más pobre hasta la más rica, las mujeres se quejaron de falta de comprensión de los maridos. Y de tener muy poca cooperación en el hogar por parte de su cónyuge. No sólo en el aspecto económico sino en todos los demás. "Ellos creen que basta con dar la plata y echarse para atrás para que lo atiendan" acusó una. Y la mayoría concordó con esta opinión. El marido chileno es demasiado cómodo. Esa —claro— es la crítica más suave.

Solidaria de su hombre hasta extremos increíbles,

fiel y buena compañera, le cuesta hablar mal de su marido aunque él la haga pasar una y mil pellejerías. Así y todo, de las largas conversaciones se desprendieron algunos hechos más o menos concluyentes.

En el nivel más bajo, la crítica número uno que la mujer le hace a su hombre es la falta de responsabilidad. Sin importarle nada la situación de su hogar y de sus hijos, se lleva la plata y se la toma con los amigos. El peor flagelo de los hogares modestos es, pues, el alcoholismo, que en un círculo vicioso hace cada vez más irresponsables a los hombres. A medida que aumenta el standard económico y cultural, los problemas van evolucionando hacia el plano espiritual y la mujer se queja de abandono, de que le dan "poca bola". Al marido no le interesan sus pequeños problemas domésticos y tampoco le cuenta lo que él hace en la oficina.

La máxima defensa —que suena un poco a oración aprendida— es cuando dicen: "Sí. El es muy bueno. No toma ni fuma ni tampoco es carrerista". Nunca es una explicación positiva. No dicen las cosas buenas que hace, sino las cosas malas que no hace. Ya cuando dicen que no es mujeriego quiere decir que sienten que tienen a su lado a un dechado de virtudes. Con todo esto, exigirle cooperación y comprensión ya parece demasiado. Sin embargo, eso es lo que todas anhelan.

Un caso bastante típico es el de Teresa Pavez, madre de 7 hijos, viuda dos veces de dos alcohólicos, cocinera, que ha conseguido sacar adelante su casa y sus niños nada más que con su trabajo. "Ellos se murieron porque quisieron morirse. No les importó nada más que la vida de ellos y nunca se preocuparon de sus hijos. No he tenido suerte. Cuando ya tenia mis papeles arreglados en la Corvi para conseguir casa, lo perdí todo porque no pude seguir pagando las cuotas. A mi marido le dio como una alergia por el trago. No podía parar de tomar y así se pasó dos años, sin trabajarle un cinco a nadie". Cuando le pregunto si se casaría de nuevo, sonríe y dice: "Quizás. A lo mejor me casaría, siempre que encontrara un hombre que no tomara. Pero ya ni en un evangélico creo yo. Usted sabe, se hacen los gatitos romanos y después sacan las garras de tigre"

Después de todas las tragedias, las pobrezas y los malos ratos, *Teresa Pavez* sigue peleando por la casa propia y ahora está metida en una cooperativa. "Espero conseguir ahora una casa... aunque sea para que me velen ahí no más", dice medio en serio, medio en broma. Porque esa —entre todas las cosas que la mujer necesita para ser feliz— sigue siendo la aspiración

número uno. Después, todo lo demás.

